

Crítica de libros

Ariel Petruccelli, *Ciencia y utopía. En Marx y en la tradición marxista*, Buenos Aires: Herramienta, 2016, 287 pp.

La aparición de *Ciencia y utopía* corrobora lo que los lectores de *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* y *El marxismo en la encrucijada* –esto es, la primera y segunda parte de una trilogía que ahora es completada– no pueden más que saber muy bien: Ariel Petruccelli es uno de los mejores marxistas de la actualidad. Entiéndase bien: lo es a condición de que por *mejores* se tenga a aquellos que se arriesgan a ir contra lo que son, escrutando los propios supuestos y los propios puntos de partida, sin eludir además su puesta en crisis.

El trabajo de Petruccelli cumple con esta peculiar condición a la perfección y es por eso que puede ser catalogado como uno de los mejores del marxismo vernáculo pero también foráneo. En efecto, desde Neuquén, haciendo pie tanto en la academia como en la trinchera política, el autor plantea que el marxismo posee dos componentes elementales –a saber, la ciencia y la utopía (o mejor, la ciencia y la ética)–, los cuales disponen de una cierta autonomía que obliga a desenmarañarlos y abordarlos en sus propios términos. Petruccelli nos invita a “repensar con calma y profundidad los problemas de la ética y la *utopía*, sin abandonar por ello los de la ciencia” –vale decir, los problemas de “la reflexión ética, la imaginación utópica, la rigurosidad científica y la responsabilidad política” (p. 23). Y hace esto, es preciso recordarlo, luego de haber refutado la tesis *cientificista* de la primacía de las fuerzas productivas y confrontado algunos de los desafíos *utopistas* que, durante los últimos años, han sido lanzados al marxismo a nivel de las ideas.

El primer capítulo está consagrado a presentar el socialismo no como una realidad *utópica* o *científica* sino más bien como una que, a la vez, es *materialista* y *crítica*. A entender del autor, “ciencia y ética o, si se quiere, ciencia y utopía” no son términos dicotómicos y por consiguiente opuestos: se trata en lo fundamental de “dos dimensiones tan necesarias como mutuamente irreductibles” (pp. 41-42). Es por eso que, a la hora de pensar el marxismo, la idea de un *socialismo materialista crítico* es más productiva y

por ende propicia que la de *socialismo científico*: implica “tanto la necesidad de un análisis materialista del mundo, de las sociedades y de la historia, cuanto la necesidad de una crítica –despiadada– de todo lo que existe” (p. 48). Tener al marxismo como algo que es materialista *y* crítico conlleva, por otro lado, no deshacerse de la idea de un socialismo *utópico*. Los esfuerzos de Marx, se sugiere en las primeras páginas de *Ciencia y utopía*, se encontraron signados por un “realismo materialista” –algo ciertamente imprescindible “para *entender*”–, pero asimismo por una “pasión crítica” necesaria “para *transformar*” (idem).

Luego de haber descripto a Marx como un “*consecuencialista*” (p. 60), Petruccelli avanza en el capítulo dos analizando las actitudes por aquél adoptadas cuando la necesidad histórica entraba en abierta contradicción con los intereses de los oprimidos. A este respecto, los textos sobre la dominación británica en la India o la anexión estadounidense de California constituyen, sólo por nombrar algunos, una importante piedra de toque. Atento a ellos, el autor diferencia a Marx de Engels y clama que no hay nada en su obra que “sugiera la más mínima tendencia a *apoyar* políticamente a los *opresores y explotadores*, por muy *históricamente necesaria* que fuera su dominación y explotación” (p. 74). Como pone de manifiesto la toma de partido por Espartaco, Müntzer o los *communards* parisinos, siempre puede encontrarse a Marx “de parte de los explotados y oprimidos, con independencia de sus posibilidades de éxito o fracaso” (p. 94). Es teniendo esto en cuenta que se recuerda el carácter *alemán* de la ciencia marxiana. Presta a las determinaciones antes que a las definiciones, esta ciencia se caracteriza por formular unas leyes que son eminentemente *tendenciales*. Es en gran parte debido a ello que, en Marx, “la opción por los derrotados tiene necesariamente otro fundamento [...]: ciertos ideales, ciertos valores, cierta ética” (p. 123).

Con esto como trasfondo, en el tercer capítulo se ofrece un pormenorizado análisis de todo aquello que, hacia el final de su vida y en íntimo diálogo con populistas como Chernychevski o Lopatin, Marx escribió sobre Rusia. En lo que concierne a esta discusión, claro está, son de especial importancia las cartas escritas a *Otechestvennyye Zapiski* y Vera Zasulich. Es sabido que la posibilidad que Marx barajaba consistía en que “Rusia saltara de la comunidad campesina al socialismo, evitando el capitalismo” (p. 138). En ese contexto, se rehusaba, además, a que se hiciera de su trabajo una *teoría histórico-filosófica general*. Por eso Petruccelli se refiere a él como un evolucionista “no universal [...] y multilineal” (p. 154); como alguien, vale decir, “que piensa en términos de posibilidades históricas, antes que en férreas necesidades naturales” (p. 170). Y, en cierto sentido, lo mismo vale para Engels, quien si bien hizo lo suyo para que tomara cuerpo una “concepción evolucionista, progresivista y etapista” (p. 191), jamás descartó la posibilidad del salto o la comprensión de los tiempos históricos. La correspondencia que mantiene con Danielson “desmiente” que defendiera sin más “un evolucionismo unilineal”: “Engels acepta cierta progresión en el desarrollo social

–como también lo hacía Marx–, pero no considera que todas y cada una de las sociedades deban atravesar por las mismas etapas” (p. 212).

Según Petruccelli, fue Plejanov y no Engles quien hizo del marxismo esa teoría general y suprahistórica a la que Marx tanto se había opuesto. Al interior del marxismo ruso, sólo con Trotsky y su “perspectiva de la «revolución permanente»”, la cual Lenin mismo adoptaría luego de febrero de 1917, se haría justicia a Marx y también, a su manera, a “la vieja tesis populista sobre la posibilidad de evitar la fase capitalista” (p. 225). Con la revolución de octubre, pero asimismo con lo sucedido a partir de su consolidación, los imprevistos, las ironías e incluso las paradojas se impondrían por sobre la previsión científica. Y esta constatación lleva al autor a preguntarse nuevamente si “el deber de los revolucionarios” de ayer y de hoy pasa por “alinearse con la «necesidad histórica» y colaborar con el [...] sistema opresor” o resistirlo, “aun a sabiendas de la imposibilidad de derrotarlo” (p. 234). La reivindicación de la opción del viejo Trotsky deja en claro que Petruccelli se inclina decididamente por lo segundo: permanecer, siempre y a toda costa, del lado de los derrotados de la historia.

Esta elección es ante todo “ética”: se basa “en cierta concepción de lo que es justo y bueno con independencia de su factibilidad” (p. 238). Habiendo dicho esto, en el tramo final del libro Petruccelli examina si realmente existe algo así como una ética marxista. Para ello revisa los debates desarrollados en el contexto del surgimiento del revisionismo y las discusiones contemporáneas suscitadas entre los marxistas analíticos gracias a la intervención de Rawls. Lo que al autor le interesa demostrar es que “Marx se equivocaba al afirmar que él personalmente o el proletariado en tanto clase carecían de ideales” (p. 256). Sin ir más lejos, en *Crítica del Programa de Gotha* se habla abiertamente de *capacidad* y *necesidad*, lo que hace presuponer la existencia de una preocupación por el tema de la justicia distributiva o el problema de la igualdad. No obstante, el “ideal fundamental” que para Petruccelli atraviesa “la vida y la obra de Marx de principio a fin” es el de “la *libertad*”, el de “la *autorrealización*” (p. 269). Se llega así a una suerte de conclusión final: la ética o utopía que en Marx convive armónicamente con la ciencia es “una ética de la libertad, de la autodeterminación, de la libre creatividad” (p. 272).

Santiago M. Roggerone (IIGG-FSOC-UBA - Conicet)

* * *

Luciano N. García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires: Edhasa, 2016, 288 pp.

Los cruces entre la cultura de izquierda y la cultura *psi* en nuestro país constituyen un ámbito de investigación que, a pesar de su indudable rele-